

: : **Plegaria** : :

para después de **Comulgar**

Seleccionada de un

Devocionario inédito



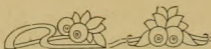
Fiesta Corpus Christi, 1930

IMP. S. BOTELLA. - ALCOY

265

RE

R. 25. 983



PLEGARIA

PARA DESPUES DE COMULGAR

Gracias te doy, ¡oh mi adorable y amantísimo Señor Jesús! que te has dignado venir a visitarme y entrar en mí con toda la bondad de tu amantísimo Corazón. ¿Qué gracias y alabanzas te podré dar yo, pequeñísimo parvulillo tuyo, por esta tu benignísima dignación? Don tuyo fué que entre nosotros permanecieses, pero de un modo singularísimo cuando por el Sacramento del Pan Eucarístico nos das tu Cuerpo y Sangre en la devota comunión. Este inge-

nioso don no lo hubieran podido inventar ni las inteligencias racionales ni las angélicas. Nos lo regaló el deífico Corazón antes de sufrir los tormentos y la Cruz de su muerte.

Nosotros te poseemos, Señor, nosotros te sentimos, nosotros te gozamos. ¡Oh, amantísimo Señor mío! ¿qué te diré yo en esta hora singular? Los hijos, cuando pequeños, gozan de estar en el regazo de sus padres; les piden regalos y besan sus labios con inocente fruición. Yo siento en mí la presencia del amado Señor Jesús. Todo lo que Él es me lo ha dado generosamente: sus bienes son mis bienes; sus dones son mi herencia; sus méritos mi redención; sus amores, mi vida. ¡Oh, Padre mío dulcísimo y suavísimo! No te separes de mí jamás. En medio de este destierro de mi vida, yo poseo la dicha de tener al que es la alegría de los cielos y la felicidad de todos los escogidos. ¡Oh, Padre mío, da a tu hijo los dones que Tú posees! Los hijos heredan de sus padres la fisonomía, la sangre, el apellido, los bienes, sus títulos nobiliarios. Dame tu fisonomía; los hijos se han de asemejar al padre. A mí debe venir y en mí debe brillar tu imagen y semejanza. La

imagen del Padre celestial ha de ser pura, resplandeciente, blanquísima, inmaculada, poderosa, sabia y santa. No en mi cuerpo mortal, vestidura deleznable, sino en mi alma y en mi corazón he de sentir tu presencia adorable. Tu sangre es mi sangre; por ella yo fuí redimido. Dame tu apellido, es decir, dame tu nombre, oh, Jesús, y grábalo indeleble en mi alma. Tuyo soy porque me compraste a costa de tu sacrificio. Sea yo otro semejante a Tí. Las Teresas, tus amantes esposas, no quisieron llevar su propio nombre solamente sino que juntaron el tuyo al suyo. Tu siervo Juan, el hospitalario, quiso añadir a su nombre el de Dios. Todos los santos se quisieron inscribir en el archivo de tus denominaciones. Haz que yo te invoque y me llene de Tí, y que cuantos me vean y traten conozcan que soy tu hijo adoptivo, pues llevo tu nombre sacrosanto por divisa, apellido y herencia.

También los hijos heredan los títulos nobiliarios y los bienes de sus padres. ¡Oh, benignísimo Señor Jesús! Dame en esta hora una parte de tus bienes, no para dilapidarlos como hijo pródigo, sino para gustarlos

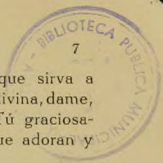
y hacerlos fecundos en tu honor. Pídote, Padre misericordiosísimo, que me unas a Tí con el vínculo inseparable de tu puro amor. No me dejes ir suelto; no me dejes salir de tu casa y heredad; no me separes de Tí por negligencias mías, y por asuntos y negocios extraños; no me abandones en mis propias pretensiones. Uneme a Tí con dulces lazos; acércame a tu Corazón; dame inteligencia de tus querereres; presérvame de los peligros; niega a mis inclinaciones sus caprichosos gustos; da a mi inteligencia, luz; a mis fuerzas, aliento; a mi querer, una rectitud justísima; a mis afectos, efluvios purísimos de tus amores. Dame, Padre mío bondadoso, una vocación con la que te sirva y honre; dame una fe tan humilde y fervorosa que me llene de tu sabiduría, un anhelo de tu gloria que me hiera con amargura cualquier ofensa que Tú recibas de los ingratos pecadores. Dame tu gracia para que yo sea revestido con la blanca vestidura de tus bendiciones; dame la esperanza en tus promesas y en el régimen de tu providencia; dame tu puro y elevado amor. Si me dieres ese don tuyo; si de las arcas de tus bienes me sacas el

anillo de tu amistad y sellas el pacto eterno conmigo, ya nada desearé más en el mundo y en la eternidad. ¡Oh, esposo mío, Señor Jesús! que exiges de todas las criaturas racionales que te presten adoración y amor; humildemente te reconozco como mi único Dios, Redentor, Padre y Bien eterno. Recibe el obsequio de mi humilde adoración. De tu Corazón, como de fuente perpetua, salen los ríos de salud que fertilizan las almas; y de ese mismo Corazón brota el calor de tus amores. Dame una pequeña chispa del fuego sagrado que inflama a tus escogidos. Ámete yo, Señor, más que todas las cosas, más que a mí mismo, más que a todos tus bienes y dones. Descanse en tu regazo como descansan los pequeñuelos en los brazos de sus padres. Bendice, Señor, mis trabajos e intentos, bendice mis deseos, bendice mi vocación. Santifica mi cuerpo y mi alma. Para eso instituíste el sacramento del pan consagrado. Santifica mis ojos, mis manos, mis oídos, mi lengua, mis miembros corporales todos. Tu me diste este cuerpo que me sirve de envoltura externa. No permitas que yo le manche con groseros gustos. Bendice mis pasiones,

bendice mis potencias, bendice mi corazón. Haz que te guarde en el santuario de mi conciencia y, unido a Tí, espere confiadísimo verte glorioso en tu casa, reino y palacio.

¡Oh, Espíritu Santo, Dios de Dios, que del seno virginal e inmaculado de María, formaste el cuerpo del Cristo Redentor! Por la generosa dignación divina somos participantes de los altos misterios de amor que el Verbo hecho carne realizó cuando habitó entre nosotros. ¡Oh, Espíritu celestial! mírame poseedor del tesoro divino. Jesús está en mí; Jesús es mío; Jesús se me ha dado a mí graciosamente. ¿Me rehusarás el amor que a Jesús tuviste? Donde está Dios, está su gloria. Donde está Jesús, allí está el Amado de Dios. Yo le poseo por gracia, por don gratuito suyo. Bendice el tabernáculo y el altar donde reside Jesús, como bendeciste y santificaste, con excelsos dones, a la Madre que le dió su sangre y le alimentó con su leche.

¡Oh, Espíritu de Vida! Santifica mi alma que tiene la dicha de haber gozado del don supremo de recibir al divino Señor Jesús. ¡Oh, Espíritu Consolador! Enriquece



mi alma con tus dones para que sirva a Dios con fidelidad. Dame, Luz divina, dame, Amor divino, los dones que Tú graciosa-mente sabes dar a las almas que adoran y sirven a tu divino Jesús.

¡Oh, Padre Eterno, Dios de infinita y suprema majestad! Por aquel amor intensísimo que te obligó a dar al mundo a tu Unigénito Hijo, por el cual los humanos fuesen redimidos, te ruego reverentemente me acojas benigno ante tu justa presencia. Merecido he por mis delincuencias que tu severa majestad me castigase y exigiese completa reparación. No puedo por mí mismo ni reparar el mal que hice ni pagar la deuda que contraje ante tu justicia. Perdóname, Padre, por los méritos de Jesús. Él dijo que nos concederías cuanto te pidiéramos, si lo hacíamos en su nombre. Por ese nombre, por sus méritos, por su sangre y por sus lágrimas, perdóname, clementísimo Padre, y concédeme una plenaria absolución. Jesús está conmigo. No por mí sino por el que Tú amaste y te complació más que todo el mundo, acógeme, dulcísimo Padre, y dame tu ósculo de paz. Así sea, así sea.

Acabada esta plegaria, debes fijar la atención en la voz interior que te enseñará el camino. Dios es infinitamente dadivoso. Por mucho que dé a las almas en dones y gracias, no se puede quedar pobre, antes bien, por su sabia providencia, lo que reparte, vuelve a sus manos purificado y aumentado.

Si humilde y reverentemente comulgamos, veremos la gloria de Dios entre nosotros. Es el sacramento de la comunión una manifestación excelsa del amor del Corazón de Jesús. Adorémosle y amémosle.

Con censura y aprobación de la autoridad eclesiástica.

